



NOSOTROS DOS

Xavier Bosch

¿Es posible la amistad entre un hombre y una mujer?

Kim y Laura se conocen en la universidad. Vienen de mundos muy diferentes. Él, seductor y despreocupado, es hijo de un hotelero del paseo de Gracia de Barcelona. Ella, de provincias, es sencilla, idealista y sabe que la vida se basa en los detalles. Juntos ríen, se divierten y, unidos por el vínculo de la amistad, superan los escollos del destino. A pesar de sus caminos divergentes, saben que siempre están para ayudarse. No importa la distancia. No importa que tarden mucho tiempo en reencontrarse. Son dos amigos, como pocos, a prueba de todo.

Índice de contenido

Los lazos invisibles

1983. Los felices veinte

1. Tres sinónimos por segundo
2. Los pasos cortos de la ilusión
3. El día que conocí a Dickens
4. Puccini nunca falla
5. Algún día iré a los Ángeles
6. Un trocito de París
7. Las treinta y cinco mil palabras del diccionario
8. Esperando a Carl Lewis
9. Navidad en pleno agosto
10. Como una isla que no ves

2001. Las horas vertiginosas

11. Próxima estación: rock and roll
12. Una voz de bronce
13. La salsa Worcestershire
14. Una Yoko Ono en su interior
15. La música de los dioses
16. He jugado a la ruleta rusa
17. Todo esto lo hago por vosotros
18. Sólo hay un secreto
19. Con un punto de furia
20. Como si fuera una prima donna
21. Cansa mucho ser un héroe las veinticuatro horas
22. Pídeme lo que quieras

2016. La fiesta

23. Can I Help You?
24. Cada palabra tiene su perfume
25. Como un homenaje mudo
26. Un palmo más allá del deseo
27. Nunca nos bañamos en el mismo río
28. Él también fue joven
29. Y tapó la hoja con las dos manos

Sobre el autor

A Francesc Garriga Barata

*Ningún hombre puede bañarse
dos veces en el mismo río.*

HERÁCLITO DE ÉFESO

LOS LAZOS INVISIBLES

No sé muy bien por dónde empezar. No sé si ya os he abrazado a todos y os he saludado como os merecéis. Supongo que no... Me doy cuenta de que por ahí abajo aún tengo abrazos y besos pendientes. Ya sabéis que no soy muy dado a mostrar mis emociones, y mucho menos a expresarlas públicamente, pero tengo la impresión de que hoy, aquí, no me queda más remedio que mojarme y decir unas palabras. De modo que espero que se me note que estoy muy contento, mucho, aunque al mismo tiempo debo confesaros que estoy un poco abrumado. ¿Se oye bien?

Para empezar, bienvenidos a todos a vuestra casa, gracias por vuestra compañía y gracias a Míriam por haber incumplido, una vez más, un acuerdo al que ella y yo habíamos llegado. Siempre le había dicho que las fiestas sorpresa estaban prohibidas, que bajo ningún concepto podía organizarme una, que si se atrevía a hacerlo... En primer lugar porque, quizá a causa de nuestro trabajo, ya me conocéis, me gusta tenerlo todo controlado. Y en segundo lugar, porque no podría soportar que un montón de gente a la que quiero y conozco, que sois todos vosotros, me hayáis engañado estos últimos días cuando nos veíamos o hablábamos por teléfono, y disimulabais y no me decíais que nos veríamos hoy en el Rafaeli. Nadie ha hablado más de la cuenta, nadie ha metido la pata, de modo que, con todo mi cariño, debo deciros una cosa: sois, todos, una panda de cabrones. No quería fiestas sorpresa precisamente por eso, porque ahora me siento como un tonto. Bueno,

Miriam, supongo que, ahora que ya no tienes que aguantarme a todas horas, has pensado que ésta sería una buena forma de vengarte... Organizar en mi casa, en el hotel, una maldita fiesta sorpresa convocando aquí a *tutti quanti*, a gente que no veía desde hacía..., ¡uf! A ti y a Elsa, que seguro que fue a quien se le ocurrió todo esto, os debo una, y muy gorda, que lo sepáis.

Supongo que para meteros en todo esto también han tenido mucho que ver ese par de liantes que están junto al altavoz: Jana, que es la que está grabando con el móvil, y Víctor, que, por si alguien no lo había reconocido por culpa de las greñas que lleva, sigue siendo mi hijo. Os quiero más que a nada, ya lo sabéis, y por eso no os lo tendré en cuenta.

Bueno, ya sabéis que no soy muy aficionado a pronunciar discursos, y menos aún si no he preparado nada... Una mañana, en la radio, escuché a un productor de televisión al que felicitaban por su aniversario; también debía cumplir los cincuenta, porque dijo que, si a los cincuenta te despiertas y no te duele nada, significa que estás muerto. Una buena noticia, pues. Estoy vivo. ¿Y a mí qué me duele? Las rodillas. El tenis no perdona, y los miércoles, el día siguiente del inexcusable partido del martes, no paro de ir para arriba y para abajo en ascensor porque no soy capaz de bajar ni dos escalones. Y eso teniendo en cuenta que jugamos dobles y que mis tres compañeros, que también han venido, son algo mayores que yo. ¿Qué más me duele? A ver... Da igual, tampoco vamos a hacer un inventario, pero la vista cansada es algo que acabamos padeciendo todos, y hace ya unos años que no veo nada cuando miro el número del pasaporte del *check-in*. Para todos aquellos que no habíais venido desde hace mucho tiempo, veis que hemos reformado el hotel. Ahora, por ejemplo, ya no tenemos llaves y ni siquiera tarjetas para abrir las puertas. Basta con acercar a ellas el móvil, con el código. Invertir para crecer, como dice mi padre, que aún sigue siendo quien nos enseña cómo

mo debe llevarse este negocio. Al mal tiempo, buena cara. Es una de las máximas de cabecera, ¿verdad, papá? Ahí lo tenéis, el hombre más elegante de la ciudad. ¿Sí o no? Con él, y con Elsa, decidimos que era el momento de darle una mano de pintura al Rafaeli tanto por fuera como por dentro, para que tuviera este aire más... Más *newyorker*, más de Tribeca, que espero que os haya gustado. Tengo la impresión de que hoy, mi abuelo, que hace más de setenta años tuvo la idea de poner en marcha todo esto, pensaría que fue una decisión acertada. En aquella época, después de la guerra, tenía mucho mérito apostar por construir un hotel en el paseo de Gràcia antes de que fuera el paseo de Gràcia, antes de que esta calle se convirtiera en nuestra Quinta Avenida, en los Campos Elíseos de Barcelona. No podemos quejarnos. Para quienes hemos nacido en este edificio —me trajeron directamente aquí desde la clínica del Pilar, en la calle Balmes— es un orgullo ver todo lo que ha venido después. El cambio de nombre, las estrellas, las guías, el reconocimiento y, sobre todo, las reservas de los clientes rusos que, de un año para otro, nos aseguran una ocupación total. Sin la perestroika no sé qué habríamos hecho ni dónde estaríamos ahora, en 2016.

En este momento de celebración no puedo dejar de tener un recuerdo para Àlex y Roger: los echamos de menos y, aunque han pasado los años, aún nos maldecimos por tanto infortunio. Cuando estoy arriba, en mi despacho, en el que era su despacho, donde Àlex y Roger se sentaban uno frente a otro y donde ahora nos sentamos Elsa y yo, no pasa un día sin que me acuerde de ambos, que habrían gestionado el hotel mucho mejor que nosotros. Ellos sí sabían hacerlo y habían nacido para este negocio vocacional, sacrificado y en el que hay más ciencia de lo que la gente se imagina. Creo que también hablo en nombre de Elsa si digo que nosotros sólo intentamos estar a la altura de nuestros hermanos. Actualmente contamos con noventa y siete habitaciones, quince *suites* y tres apartamentos con

piscina propia en la terraza. Abajo, en la zona de aguas, una piscina cubierta que es una réplica de la de Mies van der Rohe en el The Langham de Chicago. Todo esto sin perder la tradición ni nuestros referentes. La biblioteca, como todos sabéis, sigue siendo un rincón muy querido para todo el mundo. A pesar de la crisis, las ratios de ocupación, en los dos últimos años, han sido las mejores del hotel, y eso nos sitúa entre... Y dejo ya de hablar del hotel, porque estoy viendo la cara de Míriam como queriendo decir «esto hoy no procede». Y ella, que siempre sabe lo que hay que decir y lo que se debe hacer, seguramente, una vez más, tiene razón. De modo que no me enrollo. Pasadlo bien; me imagino que, aunque esto no lo haya organizado yo, habrá comida y barra libre para todos. La insonorización de esta sala es perfecta, y, si no lo es, lo comprobaremos esta noche y mañana ya nos quejaremos al arquitecto y nos ahorraremos pagar la factura de los albañiles. Así que, una vez más, muchas gracias a todos, especialmente a los que habéis venido de fuera y a quienes me imagino que ya os habrán conseguido una habitación como dios manda. Y gracias en especial a una persona, a la que estoy viendo desde aquí arriba y que acaba de entrar: creo que por suerte se ha perdido mi discurso. Estoy muy contento de verla, porque es de esas personas que todos tenemos —o deberíamos tener—, porque dan sentido a la vida. La amistad debe ser eso. Los lazos invisibles con una persona a quien llevas quince años sin ver pero que es como si hubieras hablado anteayer con ella. Bebed, comed, reíd, bailad, criticad a quien queráis y dejadme bajar para que pueda darle el abrazo que nos debemos y que nos merecemos. Y un beso de ida y vuelta.

1983

LOS FELICES VEINTE

1

TRES SINÓNIMOS POR SEGUNDO

De repente. De la forma en que le gustaba hacer las cosas, le sorprendió.

—Dibújame un cerdo.

—*Sorry?*

—Aquí. Un cerdo, como tú quieras.

—¿No era «dibújame un cordero»?

—Mierda...

El papel que había colocado delante de Kim se había manchado de cerveza.

—Pásame uno. —Laura lo hacía todo. Hablaba y ordenaba—. Otro.

Kim, con el bolígrafo en la mano y el Fortuna en los labios, le acercó el dispensador de servilletitas de papel. Ella cogió otras dos, secó la mesa y, sin pensárselo dos veces, las arrugó y las dejó caer al suelo de baldosas grises. Si algo había en el bar de la facultad eran papeles en el suelo. Y colillas apagadas. Y humo en el aire. Y ruido en el ambiente. Y la alegría sobrevolándolo todo. Laura arrancó otra hoja de la libreta de los apuntes de alemán y la colocó encima de la mesa, delante de Kim.

—Dibújame un cerdo, anda... —Lo decía con la mirada juguetona de los dieciocho años.

—Pero ¿esto qué es?

—No seas aguafiestas, Ráfales. —Hablabla en voz alta, con el tono de una entrenadora. Lo sacudió por los hom-

bros—. Es un juego y ya está.

Sin muchas ganas, Kim empezó a dibujar sin estrujarse demasiado el cerebro. Era bueno con el lápiz, pero no le apetecía dibujar un cerdo. No lo hacía desde que era pequeño y... Si le hubiese dicho un coche o un barco, ningún problema. Pero ¿un cerdo? Esbozó un gorrino con dos garabatos y una cola ridículamente rizada. En la mesa de al lado, unos estudiantes de último curso estaban celebrando algo. Por la cantidad de latas que habían amontonado, es posible que no recordaran de qué se trataba. En los bares de las universidades siempre hay motivos para brindar. Aunque sólo sea por la vida que está por vivir. Aunque sólo sea por el futuro que te espera, aún, con todos los colores de la ilusión.

—¿Y ahora qué? —Kim colocó el cerdito delante de ella, que no pudo evitarlo y se echó a reír—. Si te cachondeas de mí, no juego.

Laura cogió la servilleta y escrutó el dibujo con la atención de un médico ante un análisis de sangre. Kim Ráfales temía el veredicto.

—Eres un tío realista. Lo has dibujado en el medio... Ni arriba ni abajo. Centrado.

—¿Qué más?

El juego lo había atrapado. Basta un elogio para desear otro.

—Has dibujado un cerdo que mira hacia la derecha.

—¿Y?

—En teoría significaría que eres una persona activa, que eres innovador, ¿es así?

—Pche.

—Que no tienes un gran sentido de la familia y que no das demasiada importancia a los datos importantes.

—¿Y qué son los datos importantes? —dijo, al sentir que le habían pillado.

Laura, que introdujo un lápiz en su moño, no le hizo caso y prosiguió.

—El cerdo está de perfil. Si nos mira a nosotros, significa que eres, ¿cómo te lo diría...? Que te gusta debatir. Un poco el abogado del diablo.

—¿A mí? Ni una cosa ni la otra.

—¿Que no te gusta debatir y discutir? Anda que no...

—Que no, tía, hosti...

—¿Lo ves? Sí te gusta.

Levantaron los ojos del papel al mismo tiempo, se miraron y se echaron a reír. A Laura le pareció que Kim posaba su mirada en la peca que tenía encima del labio, la misma peca de la imperfección de su madre.

—Eso sí, lo has dibujado con cuatro patas. Muy bien.

—Faltaría más... ¿Quién dibujaría un cerdo con tres patas?

—Significa que eres obstinado y fiel a tus ideales.

—¿Yo?

Estaba sorprendido de que sus garabatos revelaran tantas cosas.

—La cola, no te lo pierdas. —Ella tomó un sorbo de cerveza y se volvió a reír—. Indica la calidad de las relaciones sexuales.

—¡Sí, claro! Anda ya...

—Cuanto más larga, mejor.

—Esto no es justo. He dibujado la cola así, rizada, como la que tienen los cerdos, ahora no me vengas con... —Empezaba a estar harto de aquel psicoanálisis de pacotilla—. Si tiras de ella, no está tan mal.

Laura se abstuvo de hacer ningún comentario. Le bastó con señalarle la cola con el dedo. De la cola pasó a las orejas.

—Muy bien, Ráfales, el tamaño de las orejas indica que sabes escuchar a los demás. En cambio, un dibujo tan austero significaría que eres metódico y...

Laura quiso reflexionar lo que iba a decir.

—¿Y? Dime. ¿Qué más?

¿Qué demonios habría visto su compañera de clase en su análisis para que de repente prolongara aquel silencio?

—Según el cerdo veo que eres, déjame que te lo diga, emocionalmente ingenuo y una persona dispuesta a correr riesgos.

¿Por qué se lo decía? ¿Por qué había hecho esa pausa? En clase les habían hablado de los valores de los silencios intencionados. ¿Por qué había querido jugar a toda costa a aquel juego aparentemente infantil? ¿Para llegar adónde?, se preguntaba Kim Ráfales. ¿Para decirme que soy emocionalmente ingenuo y que debo arriesgarme más? ¿Y restringármelo después de hablar de mis dotes sexuales? ¿Qué está haciendo Laura? ¿Me está insinuando que me lance? ¿Me está diciendo que no me corte? ¿Me está pidiendo un beso? ¿Es lo que me está pidiendo? Otro día, poco antes del puente de Todos los Santos, mientras estaban desayunando al sol en el césped del campus de Bellaterra con Marc, Buixeda y Xènia, llegó Laura, tan espitada como todas las mañanas. Se tumbó a su lado y, como quien no quiere la cosa, le quitó la anilla a la granada. «Hoy he soñado contigo». Así, cataplúm. Delante de todo el mundo. Sin rubor alguno. Con la despreocupación de la juventud. Una bomba para que explotara bajo el solecillo de otoño. Cuando una compañera de clase, en primero de carrera, en el trocito de jardín que le corresponde en la Facultad de Traducción e Interpretación, se te acerca, se tumba a tu lado y te dice «hoy he soñado contigo», ¿qué debes pensar? Y ahora, a solas, en el bar, me sacude, me dice que soy emocionalmente ingenuo y que me arriesgue... O puede que no. Al fin y al cabo, tal vez la ingenua fuera ella y el sueño, el cerdo y los riesgos que le pedía eran una mera excusa para decir algo, para divertirse un rato y si te he visto no me acuerdo.

—¿Podrías dejarme los apuntes de Orovio? —Kim había decidido cambiar de tema, como si no le afectara nada—. Ayer no pude ir.